Globethics Repository



Discernimiento y compromiso [Discernment and commitment]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Míguez Bonlno, José
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-10 12:24:12
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155903

DISCERNIMIENTO Y COMPROMISO *

por **José Míguez Bonino**

En este momento de reflexión me han sugerido tratar de combinar una palabra de saludo y de despedida a los que hoy dejan la casa con una palabra de recuerdo y de cariño hacia quien, luego de nueve años de servicio también dejó esta casa definitivamente, el rector Roberto Ríos, fallecido el 4 de octubre de este año.

No sólo por el pudor y el buen gusto que caracterizó a Roberto, me pareció impropio tratar de hacer memoria de él como de un modelo para quienes hoy terminan sus estudios. Es más, creo que la vida y el ministerio de Roberto no tuvieron la intención, ni deben ser presentados como un modelo. Para Roberto —creo que puedo decirlo luego de más de treinta años de íntima amistad personal, de participación en un mismo ministerio con la misma intención y propósito, muchas veces compartido y reflexionado juntos— la vida no era una obra de arte que se va labrando cuidadosamente para presentarla alguna vez en esta vida o más allá de ella, más bien creo que la vida era para él una serie de trabajos, de respuestas, de momentos a partir de una entrega y de convicciones fundamentales, pero cuya unidad y cuya justificación dejamos en manos del Señor. Roberto no hizo una carrera, no fue organizando su vida en un drama que se moviera hacia su culminación. Fue simplemente escribiendo en un borrador que no intenta pasarse en limpio, las breves frases de cada día. La coherencia y la unidad de su vida hay que buscarlas más bien en una actitud total y que subyace a cada una de esas frases de cada día. Es el sentido que se trasunta de cada acto y de cada actitud; unas más logradas, otras menos logradas; algunas acertadas, otras no.

Roberto fue llamado a otro ministerio a los cincuenta y cuatro años.

¡Cómo hubiéramos querido seguir juntos muchos años más! Pero me atrevo a decir que si nos hubiera dejado diez años antes, o si nos dejara diez años después, lo que tenemos que decir de él no se hubiera alterado fundamentalmente, porque el sentido de lo que quiso hacer está en cada uno de sus días, en el ministerio pastoral, en sus trabajos escritos, en su predicación en el gobierno eclesiástico que le correspondió desempeñar, en la docencia y en la dirección de ISEDET. Y es ese sentido el que quisiera compartir con los estudian-

* Palabras pronunciadas en la clausura de los cursos del ISEDET el 30 de noviembre de 1979.

tes que dejan la casa y los que permanecen en ella, con mis colegas, con los hermanos que hoy nos acompañan, con los amigos que participan en este acto. No es lo que Ríos hizo, no son sus virtudes o sus méritos sino un propósito y un deseo, que estoy seguro, movió permanentemente su vida, que es una oración y una promesa a la vez. No encuentro mejor expresión que la oración de Pablo por la iglesia de Filipos. Una oración que acompaña, dice Pablo, cada memoria, cada vez que piensa en ella. Con esa oración quisiera hoy expresar nuestra propia oración y creo que también la de Roberto.

Cada vez que los recordamos a ustedes —y muy especialmente a ustedes que parten de esta casa, en este día en cumplimiento de su ministerio— parten a ser copartícipes en la defensa y el testimonio del evangelio. "Esto pido en oración, que vuestro amor abunde más y más en ciencia y en todo conocimiento para que aprobéis lo mejor". No se trata de una teología del ministerio, ni de la definición de la misión a la que somos llamados, ni de los rasgos característicos de un buen ministerio (todas estas cosas son sin duda necesarias), pero quisiéramos más bien meditar en algo que es anterior y subyacente a todo esto, que está en la raíz misma de todo compromiso cristiano, como la fuente de la que brota todo pensamiento y toda actitud y toda acción que tenga sentido evangélico. Para Pablo hay una palabra privilegiada para expresar eso, es la palabra (ágape) = amor. No es una virtud ni una calidad, sino que es la naturaleza misma de la nueva creación que nos es dada en Jesucristo, "la expresión concentrada de la posibilidad humana más elevada y última que pueda realizarse en un cristiano". Cuando la fe se abre a la realidad no tiene otro rostro que éste, el amor. Tal vez habría que decir mejor: no hay fe auténtica que puede ser ,de cara al mundo, otra cosa que amor.

El proyecto de amor, sin embargo, no tiene nada de abstracto o de genérico, "para que sean capaces de discernir lo mejor", dice Pablo. Cada día plantea sus demandas, cada región, cada país y cada momento histórico tiene sus encrucijadas propias. No es fácil saber cuándo se trata de tareas y cuándo se trata de distracciones; cuándo se trata de oportunidades y cuándo de tentaciones; cuándo son auténticos desafíos y cuándo son emboscadas; cuándo comprometerse y cuándo aguardar; cuándo correr riesgos y cuándo evitarlos; cuándo tomar iniciativas y cuándo dejar que nos conduzca la corriente. Pero el amor auténtico no puede renunciar a decidir, no sabe ocultarse, no decide por un cálculo de riesgos ni por un prurito de perfección; optar por lo más fructífero, desplegar el abanico de opciones y escoger la que corresponde; probar hasta arañar el camino correcto; descartar lo superfluo e irrelevante y comprometerse enteramente con lo que de veras es necesario (éstas son algunas traducciones libres del sentido de las palabras de Pablo "discernir lo mejor"). Cada decisión cierra una puerta a la vez que abre otra; adentra en un camino y va clausurando los retornos; profundiza las posibilidades pero las limita. El amor no crea al hombre universal de horizontes infinitos, siempre

disponible para todo porque nunca se ha dispuesto para nada. El camino de la encarnación y de la cruz no tienen retorno. Las decisiones se hacen una vez y quedan hechas, por eso es esencial "que sean capaces de discenir lo mejor". Para eso Dios nos da, dice Pablo, la ciencia, el conocimiento, que es en realidad la razón de la fe que procura penetrar más y más el misterio de la acción liberadora y redentora de Dios. Su raíz no es la razón humana, la razón especulativa que sólo procura explicar, es el nuevo sentido, es la nueva comprensión renovadora y transformadora que brota del espíritu para armonizar con la dimensión de la actividad divina en el mundo, para penetrar la vida del mundo con el sentido de esa acción. No hay un camino simple y directo de la buena intención del amor a la elección de las opciones. El sendero pasa inevitablemente por la razón del amor, por la profundización en el misterio de la cruz y la resurrección. La simplicidad está en todo caso al final del camino y no en su comienzo.

Y añade Pablo "sabiduría, ciencia y entendimiento". La palabra se refería originalmente al conocimiento sensorial, lo que percibimos con nuestros ojos, lo que palpamos con nuestras manos, lo que sobresale; por extensión podemos ubicar aquí el conocimiento que adquirimos a partir de nuestra experiencia y de la elaboración que hacemos de esa experiencia. Si el conocimiento es la razón del espíritu, el conocimiento del misterio de Dios, el entendimiento, vendría a ser la razón que parte de la experiencia, nuestra percepción inteligente de la realidad. El amor se mueve sobre ambos pies hacia las decisiones que le imponga, porque la iglesia, el pueblo de Dios con el que marchamos, es el misterio de la presencia del Señor resucitado entre los hombres y es, a la vez, un cuerpo sociológico donde operan y se interactúan todas las fuerzas que mueven una sociedad humana: razas, clases, conflictos de poder, tensiones económicas, grupos de presión, y el mundo en el que servimos y con el que servimos, es un campo de experiencia y conocimiento empírico al que nos aproximamos mediante la psicología, la historia, la sociología, esas cosas que hemos estudiado aquí, pero es también, a la vez, el escenario de la Gloria de Dios, como decía Calvino, al que hay que acercarse con respeto tratando de discernir el misterio de la presencia y de la obra de Dios en él.

Quisiera por lo tanto dejar con ustedes, y especialmente con los que comienzan ahora un nuevo ministerio, estas palabras de Pablo; si lo entiendo bien es éste también el ministerio que el rector que nos dejó trató de seguir: "Esto ruego en oración que su amor abunde más y más en inteligencia del misterio de Dios y discernimiento de la realidad para que puedan escoger y comprometerse con la opción que realmente vale la pena".

No partimos de aquí para hacernos un nombre; Dios ya nos dio un nombre en el bautismo y lo inscribió en un padrón que no se pierde ni se altera. No tenemos que encontrar ni inventarnos un destino de grandeza, nuestro destino es la ciudad celestial cuyo arquitecto es

Dios. No tenemos que ser ni héroes, ni santos, ni sabios; hay una sola cosa que tenemos que hacer; dejarnos guiar por el amor a las decisiones, las opciones más adecuadas, responder a los llamados de cada día con fidelidad, comprometernos con el hoy de Dios, dejando el mañana en sus manos. Para ello el Señor nos ha prometido el Espíritu que abre el misterio de su voluntad y de su acción y nos ha provisto del entendimiento que nos permite penetrar los mecanismos de la realidad, pero ambas cosas sólo son posibles y fructíferas en el ejercicio activo de ese amor. "Sólo el que hace mi palabra", dice Jesús, "conocerá si mi doctrina es verdadera". "Y ésta es la palabra que les he enseñado, que se amen unos a otros como yo los he amado."